

LA CONSTRUCCIÓN DEL DELINCUENTE EN *LA MUERTE DEL PIBE OSCAR* (1926),

DE LUIS C. VILLAMAYOR

Oscar Conde*

Resumen: La novela *La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante)*, de Luis C. Villamayor, es un texto de enorme importancia documental, no solamente para la historia del lunfardo y la literatura lunfardesca, sino también para la historia de la literatura popular argentina, habida cuenta de que su única edición, aparentemente de 1926, se ha perdido casi completamente y sobreviven poquísimos ejemplares. Concebida como folletín, su autor, miembro del Servicio Penitenciario, publicó por entregas, con el pseudónimo de Canero Viejo, los primeros capítulos en la revista *Sherlock Holmes*, durante 1913. Más allá de poseer una forma novelada, *La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante)* es presentada por su narrador como una historia real, que le habría sido transmitida por el propio protagonista, un tal Oscar Gache, quien «fue en los bajo-fondos de la gran urbe del Plata principalmente el tipo por excelencia del verdadero lunfa metropolitano» (Villamayor, 1926, p. 8). La novela posee una doble función: entretener y, al mismo tiempo, prevenir y aleccionar al ciudadano honesto.

El objetivo del presente trabajo es mostrar cómo Villamayor construye la figura del protagonista en estrecha relación con el imaginario social que existía acerca de la delincuencia en el primer tercio del siglo XX.

Palabras clave: lunfardo, Luis C. Villamayor, literatura lunfardesca.

Abstract: *The novel La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante), by Luis C. Villamayor, is a text of great documental importance, not only to the history of Lunfardo and Lunfardo literature but also to the history of popular Argentine literature in general, although its only edition, probably of 1926, is nearly forgotten and there are rare copies left. Published at first as a serial novel, its author, a member of the Prison Service, signed the first chapters with his penname Canero Viejo, issued by Sherlock Homes magazine, during 1913. Despite presenting the structure of a novel, La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante) is narrated as if it was a true story, transmitted by the main character, some Oscar Gache, who «fue en los bajo-fondos de la gran urbe del Plata principalmente el tipo por excelencia del verdadero lunfa metropolitano» (Villamayor, 1926, p. 8). The novel presents a double function: to entertain and, at the same time, prevent and lecture the honest citizen.*

The purpose of this work is to show how Villamayor builds the main character in close connection to the social imaginery that existed in relation to crime during the first third of the 20th century.

Keywords: Lunfardo, Luis C. Villamayor, Lunfardo literature.

* Doctor en Letras por la USAL y miembro de número de la Academia Porteña del Lunfardo. Poeta, ensayista y profesor universitario (UNIFE-UNLa). Correo electrónico: oscar.conde@fibertel.com.ar

La novela *La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante)*, de Luis C. Villamayor, es un texto de enorme importancia documental, tanto para la historia del lunfardo y la literatura lunfardesca, como para la historia de la literatura argentina, habida cuenta de que su única edición, aparentemente de 1926¹, se ha perdido prácticamente por completo y sobreviven poquísimos ejemplares². La abundancia de lunfardismos en la obra se justifica no solo por su temática (la vida de un delincuente), sino también por la adscripción profesional de su autor, que era guardiacárcel del Servicio Penitenciario³. El objetivo de la presente ponencia es mostrar, a partir de unos pocos ejemplos, cómo Villamayor construye la figura del protagonista, devenido delincuente, por no quedarle otra salida —como los «gauchos malos» de Gutiérrez—, en estrecha relación con el imaginario social que existía en Buenos Aires acerca de la delincuencia en el primer tercio del siglo XX, que no excluía del todo una construcción literaria, en algún sentido, melodramática y, al mismo tiempo, robinhoodesca⁴.

Concebida como folletín, su autor publicó por entregas, con el pseudónimo de Canero Viejo, los primeros capítulos en la revista *Sherlock Holmes* durante 1913⁵. Para llegar a las narraciones con el formato de *La muerte del pibe Oscar*, confluyeron dos tendencias: por un lado, la inaugurada por Pedro Bourel en 1873, cuando fundó *La Revista Criminal*, cuyo propósito era el de hacer conocer a sus lectores delitos y crímenes cometidos en la Ciudad de Buenos Aires; por otro, la que, por la misma década, encarnaban ya los folletos anónimos —la denominada «literatura de cordel», heredera de los populares «romances de ciego» europeos—, muchos de los cuales abordaban, en prosa o en verso, la historia de un asesinato o la puesta en práctica de un «cuento del tío», en los distintos tonos posibles: sangriento, dramático, humorístico, compasivo. Los folletines de Eduardo Gutiérrez y los cuadros de costumbres de las primeras revistas ilustradas (*Caras y caretas*, *Don Basilio*, *P.B.T.*, *Papel y tinta*, *Fray Mocho*), surgidas entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, profundizaron esta tendencia en la cual la verosimilitud es más valorada que la veracidad.

Más allá de poseer forma novelada, *La muerte del pibe Oscar* es un texto cuyo narrador presenta como una historia real, que le habría sido transmitida por el propio protagonista, un tal Oscar Gache, también conocido como José García o Segundo López, quien «fue en los bajo-fondos de la gran urbe del Plata principalmente el tipo por excelencia del verdadero *lunfa* metropolitano» (Villamayor, 1926, p. 8). En ese sentido, no se diferencia demasiado de tantos otros textos publicados en las décadas del diez y del veinte en

¹ Fue Soler Cañas el primero en suponer que, por la fecha de la carta-prólogo firmada por el general Luis J. Dellepiane, 22 de abril de 1926, debió de haberse editado ese mismo año. Cf. Soler Cañas, 1965, p. 100.

² El desconocimiento casi total de esta obra por parte de los especialistas se debe, como explica Enrique R. del Valle, a que su única edición «fue destruida casi totalmente por un incendio producido en los talleres en los que fuera compuesta» (Del Valle, 1969, p. 13).

³ Para el tratamiento lingüístico del texto es obligado realizar un cruce entre el vocabulario lunfardo que se utiliza en *La muerte del pibe Oscar (célebre escrushiante)* y el contenido del diccionario *El lenguaje del bajo fondo*, publicado en 1915 por el propio Villamayor.

⁴ La visión particular de Luis C. Villamayor en relación con la delincuencia y el sistema penitenciario argentino del primer tercio del siglo XX es brevemente descrita por Soler Cañas: «Algunos de sus artículos revelan inquietudes de carácter sociológico. Le preocupaban los problemas de la criminalidad, la rehabilitación de los delincuentes, las coyunturas por las cuales muchas veces alguien sin vocación delictiva iba enredándose en las mallas de la vida *lunfarda* hasta no poder luego escapar de ellas. Otras veces estudia los hábitos de los ladrones, estafadores y criminales, así como las modalidades que presenta el delito en la gran metrópoli porteña: son capítulos de su libro *Los lunfardos*» (1965, p. 96).

⁵ Estos primeros capítulos, mucho más breves que los definitivos, aparecieron en los números 100, 101, 103, 104 y 105 de la revista *Sherlock Holmes*.

revistas como *Sherlock Holmes* y *L. C.* —sigla de «ladrón conocido», usual por entonces en el lenguaje policial— y en diarios como *Crítica* y *Última bora*.

Así Caimari, al tratar sobre el papel que jugó la prensa —especialmente el diario *Crítica*—, en relación con la representación social del delincuente durante las primeras décadas del siglo pasado, señala:

En esta faena cotidiana, la frontera entre ficción y realidad, periodismo y literatura, siempre fue borrosa. De hecho, el conocimiento íntimo del universo de los “malandras” dio muchos frutos literarios; obras de ficción sobre la marginalidad y el bajo mundo porteños, e incluso novelas policiales, como *El enigma de la calle Arcos*, nacieron de los casos de aquellos años (2004, p. 200).

Este extenso y disperso corpus periodístico-literario podría referenciarse como los discursos sobre el delito difundidos masivamente en la sociedad porteña. La mayor parte de estos escritos cuenta historias de estafas, explotación de personas, robos y crímenes y, a veces, no parece existir la preocupación —salvo cuando se publica alguna fotografía— de aclarar si lo narrado ha sucedido realmente o pertenece al terreno de la ficción. El doble fin de entretener y prevenir puede cumplirse de todas maneras. Es de resaltar que la idea de prevención adquiere en la novela de Villamayor dos sentidos complementarios: por una parte, al narrarse detalladamente algunos hurtos y robos, se previene al eventual lector de cada uno de los *modus operandi* de la delincuencia urbana de la época; por otra, existe, ya desde el prólogo, la intención explícita de atacar un problema mayor: la falta de una contención social adecuada para los jóvenes que, desorientados y desatendidos, comienzan a delinquir. En este sentido, es reveladora la carta-prólogo que escribe el general Luis J. Dellepiane⁶, quien había sido Jefe de Policía de la Capital, entre 1909 y 1912, cuando alude al protagonista:

Pudo ser bueno, como tantos otros liberados a tiempo, si alguno de nuestros ricos indiferentes, en lugar de fundar asilos en el extranjero, se acordaran de que su Patria los necesita y de que la caridad bien entendida debe empezar por casa.

...lo repito expresamente, pues nunca habrá suficiente condenación para tanta indiferencia, si los que pueden hacerlo se desprendieran de una muy pequeña parte de su patrimonio, contribuirían a formar instituciones salvadoras, donde tanto desgraciado, apiñado en el conventillo, y cuyo único desahogo es la calle, encontraría una nueva orientación, un nuevo camino y una nueva luz [...] (Villamayor, 1926, pp. 4-5).

Como se ve, desde la perspectiva de Dellepiane, la delincuencia se construye socialmente y un factor esencial es la insensible indiferencia de las clases más acomodadas. La idea no es ajena al propio Villamayor, que pone en boca de su personaje estas amargas quejas en torno a los ocho años que estuvo encerrado en un reformatorio:

Sí, no le miento, yo ahora ni en otras ocasiones fui un santo y mucho menos antes de ser recluso con los “malevitos”, pero me parece que “engayolado” y bien encaminado bien pude haberme vuelto un hijo bueno, un muchacho trabajador, un ciudadano útil, en fin, haber salido de la correccional regenerado y con una profesión u oficio, con el cual una vez en libertad hubiera trabajado honradamente, pero esos “tíos” que para que no nos muriéramos de hambre nos hacían buynar consejos, jamás me llamaron una vez, tan siquiera para darme un consuelo, para halagar mi oído de

⁶ El general Dellepiane fue además un ingeniero —considerado el padre argentino de la geodesia—, con una destacada actuación docente en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Su figura es particularmente recordada por haber encabezado en enero de 1919 las fuerzas que, por orden del presidente Yrigoyen, reprimieron a los obreros en huelga de La Casa Vasena e Hijos en las jornadas de la recordada Semana Trágica y, asimismo, por su lealtad al propio Yrigoyen, durante su segunda presidencia, siendo Dellepiane su Ministro de Guerra. Cf. Rodríguez, 1981, p. 184-186.

pillete abandonado con una palabra de aliento, de amoroso consejo o de cariño, pero eso sí, “biabas” y guascazos siempre había para mí, como igualmente para toda la muchachada “engayolada” (1926, p. 21).

De esta forma lo describe Villamayor en su niñez:

De temperamento vivo y enérgico y de naturaleza alegre, bien pronto descolló entre los demás compañeros y pequeños callejeros con quienes alternaba, los que a su vez lo querían, temían y respetaban, pues era para ellos, el “taita” y el más “bacán” de la “patota” (1926, p. 10).

El autor presenta a su personaje con una fuerte personalidad, la que supo imponer sobre los otros desde su primera infancia:

Desde chicuelo, en el conventillo donde aprendiera a “gatear” y a hurtarle las frutas o verduras de la canastas [sic] al vendedor ambulante que ofrecía su carga apetitosa de puerta en puerta a los habitantes del “convento” cuando apenas contaba seis años y como su fuerte musculatura se lo permitía, al par que por su genio vivaracho, alegre, atrevido y sin miedo se imponía a sus demás compañeros de juegos infantiles, pues en cuanto lo contrariaban los cacheteaba sin piedad o los “arranyaba” con lo primero que encontraba a mano, supo destacar su ínfima [sic] personalidad, fue temido y respetado (1926, p. 105).

Pocos años después, Villamayor presenta al personaje —que estuvo en el Correccional de Menores entre los 11 y los 19 años— tomando a su cargo la protesta a viva voz y la defensa de sus compañeros, cada vez que eran golpeados por los celadores:

Y estas arbitrariedades que lo conmovían hondamente hasta hacerlo llorar por sus compañeros de cautiverio y lo exaltaban sacándolo de quicio, lo impulsaban a que se hiciera el Quijote y sin temor alguno, se atreviera a interpelar con toda energía a los empleados que procedían tan inhumana y bestialmente [...] (1926, pp. 109-110)

El Pibe, hecho a los golpes y en un medio hostil, ninguneado y por fuerza autosuficiente, se alza contra las injusticias. Villamayor habla, por momentos pareciera que hasta con admiración, de su éxito y su prestigio:

Oscar se sabía fuerte, listo, astuto, preparado y con sobradas cualidades para ser “de la vida” y con el tiempo un jefe de pandilla o “barra” entre tanto malviviente. No ignoraba tampoco que hasta la misma policía lo temía y sus representantes procedían con recelo cuando había orden de “encanarlo”. Por tales razones el hombre se creyó todo [sic] una potencia súper cuando llegó a la edad propicia y ya en esta ruta de personaje engreído y adulado, viendo que se cotizaba muy alto su amistad, y su protección era solicitada, el “campo se le hizo orégano”. Al final pues, cuando fue un hombre “hecho y derecho”, ni un obstáculo encontró en su carrera de malevo y en la gran urbe del Plata, o en Montevideo y el Rosario, halló todo apropiado para destacarse por sus fechorías, por su habilidad y audacia, como el verdadero arquetipo del ladrón de ciudad (1926, p. 113).

Pero este malviviente, caracterizado por su audacia y su arrojo, aun dentro del papel que ha terminado asumiendo en la vida, se revela como un hombre sensible. En el capítulo 11, titulado «Corazón de lunfardo», el autor narra un episodio que da cuenta de dicha sensibilidad. El Pibe Oscar, junto con algunos compañeros, ingresa a robar a una casa importante. Solo encuentran allí, en una habitación, a una mujer pobrísima con tres niños pequeños, a quien el Pibe había estado observando a través de una ventana. Cuenta Villamayor que la mujer

...se sobresaltó y quiso gritar, pero el “Pibe Oscar” con toda dulzura la apaciguó, diciéndola que no estaba allí con ningún mal fin, y terminó su imprevista presentación, preguntándole si tenía dinero o alguna alhaja.

—¡Ah! Señor, —contestó la pobre mujer temblando de miedo!— no tengo ni para comprar un puchero a mis hijos y a veces si conseguimos comer algo, son las sobras que por caridad nos dan los dueños de casa, que nos tienen aquí por lástima, pues hace cuatro meses que me desalojaron de la pieza donde vivía, por no poder pagar el alquiler y para mayor desgracia, mi marido está en el hospital San Roque postrado en una cama.

Al “Pibe Oscar” le llegaron hasta lo más íntimo estas palabras, comprendió todo lo angustioso y miserable de situación tan triste, sufrida en común por una madre enferma y pobrísima en compañía de sus pequeños hijos. A su corazón de

muchachón siempre rebelde, ladrón y asesino desde hacía tiempo, acudieron los recuerdos de aquellos felices días en que él era un simple y desamparado “pibe”, un “purretito” de cinco o seis años que en compañía de otros se divertía y pasaba la vida alegre junto a su querida madre.

De sus ojos desprendiéronse dos lágrimas y creyendo ocultarlas a la vista de sus compañeros, se echó el sombrero sobre los ojos, pero éstas siguieron su ruta vertical y fueron a morir en yunta en su pequeño y renegrido bigote. Metía la mano al bolsillo donde “emberretinaba la menega”, resto miserable y maldito que le quedaba de la cantidad que le correspondiera por el “laburo” de la calle Cangallo, sacó el “paco” que en total eran unos treinta y cinco “mugrientos” y depositándolos arriba de la mesa, le dijo a la mujer:

—Tome señora, con estos “bataraces” cómprele “marroco” a sus queridos “purretitos”, no me tenga miedo, le juro que me duele ver estos cuadros de dolorosa amargura, ahí le dejo a Vd. todo mi “vento”, pero como esta cantidad es una “mistonguería”, tome esto que le servirá para vivir un par de meses en mejor forma y podrá aliviar la situación de su marido; —y el “Pibe Oscar” se sacó del “dengue pichivirro” un “zarzo” con “luciérnaga” [anillo con un brillante solitario] que hacía como tres meses le había regalado una mujer “de la vida” que por él se interesaba, cuyo valor estaba calculado en tres mil “mangos”, —y agregó para finalizar: —yo soy un ladrón, un canalla, quizás mucho más, pero Dios ha querido que hoy mi corazón, como otras veces, aunque no lo hace muy seguido, fuera bueno y me impulsara el arrepentimiento, yo también tengo madre, pequeños sobrinitos, y el “Pibe Oscar”, viendo que ya nada tenía que hacer allí, salió reculando lerdamente y al pisar el marco y “embandar el abanico” [cerrar la puerta], largó un profundo suspiro (1926, pp. 61-62).

Todavía antes de irse, Oscar escribió en una hoja que clavó en la celosía de la sala:

Señor, esta noche ha entrado a su casa el “Pibe Oscar” con su “barra” a robarle cuanto pudiera, pero no lo ha hecho a pesar de serle fácil, porque le dio lástima hacerle pasar un mal rato a la señora a quien Vd. protege, dándole alojamiento. “El Pibe Oscar” paga, con su proceder, la deuda de gratitud que esa madre le debe a Vd. (1926, p. 63).

Como señala Villamayor casi al comienzo de la novela, «con vicios y todo, el pobre aún conservaba algo muy hermoso y grato en lo más recóndito de su corazón de malevo» (1926, p. 12). Es este el otro costado de un delincuente sorprendentemente descripto en un pasaje diferente como alguien casi digno de envidia:

Su renombre de “chorro chinche”[.] su fama de “biabista” terrible, de gran bailarín con corte y derrochador de “vento”; “farrista” sin igual y en ancas de todas estas cualidades de malviviente “non plus ultra”, para que nada le faltara, la madre naturaleza lo había dotado de una arrogante y simpática estampa [...] (1926, pp. 102-103).

Es cierto que el Pibe Oscar no fue, a nivel masivo, lo que sería en la década del treinta El Pibe Cabeza (alias de Rogelio Gómez), aquella figura emblemática del pistolero trajeado que bajaba de un auto último modelo y, a punta de pistola, obtenía jugosos botines, figura forjada en el espejo de los héroes del cine estadounidense. A este último el poeta Ricardo Gil le dedicó unas décimas⁷; pero el Pibe Oscar también tuvo, según Villamayor, su reconocimiento en la canción popular:

Su nombre y apodo corrió de boca en boca, payadores de arrabal dedicáronle más de una canción o décima sentida y oportuna, en la cual lo elevaban por las nubes y daban a conocer su valor personal, audacia y preparación en el “oficio”. En todos aquellos sitios donde se reúnen los “lunfardos”, se le recordaba cariñosamente y el “biabista” Luzuriaga [a] “El Espiántador” que no es manco en cuestionarios de música, hasta le compuso y dedicó un “gotán” compadrón, sentimental y dormilón, con “retrancas”, “repiques”, “sentaditas” y “corridas” que mandaba “caracú”, el cual tuvo gran aceptación entre los malvivientes y la letra o versada del mismo, con la cual se hacía su apología de mozo diablo, “faquero” y “metedor”, era cantada por las “taqueras” del “yiro” o de “pesebres” (1926, p. 99).

⁷ El conductor de radio y televisión Antonio Carrizo recordaba, a comienzos de los años setenta, algunas estrofas. Cf. González, 1971, p. 111. El texto completo de esta composición de Gil, denominada «Un conductor y el Pibe Cabeza», puede consultarse en el siguiente link: <http://www.chamigos.com/group/decimas/forum/topics/un-conductor-y-el-pibe-cabeza>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caimari, L. (2004). *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Del Valle, E. R. (1969). Introducción. En Villamayor, L. C. (1915). *El lenguaje del bajo fondo (vocabulario lunfardo)* (pp. 7-36). Buenos Aires: Schapire.
- González, A. y Cuneo C. (1971). *La delincuencia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rodríguez, A. (1981). *Cuatrocientos años de policía en Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Policial.
- Soler Cañas, L. (1965). Luis C. Villamayor. En *Orígenes de la literatura lunfarda* (pp. 95-101). Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Villamayor, L. C. (1926). *La muerte del pibe Oscar (célebre escrusiante)*. Buenos Aires: Imprenta R. Michettini e hijo.